

## LAS PRECARIIDADES PASAN, LAS OBRAS QUEDAN

HÉCTOR SOTO GANDARILLAS

Exposición dictada en el marco de la presentación del DVD *El zapato chino*, 16 de Junio 2011

Lo hemos sabido siempre, aunque siempre el hecho nos vuelve a sorprender: las precariedades pasan, las obras quedan.

¿Qué quiero decir con esto?

Algo muy simple: que cuando se estrenó en 1979, *El zapato chino* parecía ser antes que nada un tributo obsesivo y de contornos casi épicos a la adversidad. A la pura adversidad. Este era el primer largometraje dirigido individualmente por un joven egresado de la antigua Escuela de Artes de la Comunicación de la UC. Esta era una película producida a palos con el águila y desde la pobreza. Esta era un proyecto absolutamente contracorriente. El horno del contexto político no estaba evidentemente para bollos. Sin embargo, así y todo, Cristián Sánchez sacó su película adelante, una película de franca resistencia como queda claro al verla hoy, 32 años después, y –cosa rara– cambió el contexto,

cambió el clima cultural, cambiaron las circunstancias políticas, pero *El zapato chino* nos sigue interpelando. Y nos sigue interpelando tanto o más que entonces.

No solo es una película provocadora y muy estimulante en su dimensión política. *El zapato chino* también es un magnífico rescate de la descolocación nacional, por llamar de algún modo a la sensación de desacomodo, de fragilidad, de fuga, de lapsus erótico, político y verbal que transmiten estas imágenes. No cabe la menor duda que el contexto político de los años 70 es parte de eso, de las distorsiones, de las represiones, de los vacíos y de las conexiones indirectas que comporta esta historia. Pero en realidad, la película de Cristián Sánchez no se agota ni con mucho en esos alcances porque estas imágenes escarban en zonas a menudo muy poco visibles de la chilenidad. Son zonas que tienen que ver con el lenguaje, con el sexo, con la impostura, con las viejas prácticas de la eufemística chilena que cuando llamamos a una cosa por otra, cuando eludimos la realidad, cuando nos entregamos a formas ladeadas de complicidad.

En el centro de *El zapato chino* está la relación extremadamente ambigua que establece un chofer de taxi con una chica provinciana que ha llegado a Santiago a prostituirse, al parecer. El protagonista asume que él va a ser su protector y su salvador. La chica se deja

ciertamente proteger. Pero nunca está muy claro en esta cinta perseverante y pertinaz quien está protegiendo a quien y hasta qué punto esta pareja está blufando o diciendo la verdad con los sentimientos que manifiesta o que se confiesan recíprocamente. *El zapato chino* es un tratado de relaciones jabonosas y evasivas.

Puesto que esta realización es sobre todo una película de situaciones, que funciona mucho mejor en términos de atmósfera que de trama, en términos de momentos que de historia lineal, en términos de observaciones que de personajes enteramente acabados, *El zapato chino* es una película recorrida por observaciones muy sagaces, por imágenes muy potentes y por situaciones muy divertidas. Cuando volvemos a ver las lecciones de seducción que la protagonista, Marlene, recibe en un baño antes de ir a juntarse con El Nano, a uno le dan ganas de decir, no me vengan con cuentos: estas lecciones están tan vigentes en el Chile actual como en el Chile del 79. Seguimos siendo básicamente los mismos.

Otros pasajes que son dignos de rescatar en esta película - película de tantos buenos y tan grandes momentos- son los que se abren a situaciones donde la sensación de descolocación a la cual ya me referí se traduce lisa y llanamente en absurdo, en extravío, en confusión, en violencia larvada primero, en violencia rampante después, incluso en franco desorden mental hacia el final. Recién

vimos el pasaje relativo a los agentes secretos, muy absurdo. Al ver la cinta ahora, está claro que esos delirios no son fugas circunstanciales porque *El zapato chino* va avanzando sostenidamente en esta dirección. El zapato chino vendría siendo algo así como un largo viaje a la disociación. Nadie tiene el piso muy seguro en esta realización. No lo tienen sus personajes. Tiendo a creer que tampoco lo tenía su director.

*El zapato chino* es un relato lleno de historias inconducentes, de pasajes laberínticos y difíciles de explicar. Es también un relato cruzado por notables apuntes visuales. Dejo para el final un aspecto que es central en esta realización, y que concierne a la relación que Cristián Sánchez generó con Andrés Quintana, su actor fetiche. Esto es bien impresionante. No todos los días un cineasta se encuentra con un actor así. Las pocas veces que llegan a encontrarse, la probabilidad de que no enganchen mucho o de se pasen por alto mutuamente es muy grande. Aquí el encuentro tuvo lugar y la simbiosis se produjo en términos portentosos. El viejo Borges decía que todo encuentro era una cita y hay belleza en la idea de que Cristián Sánchez y el legendario Andrés Quintana estaban convocados –a lo mejor sin saberlo, a lo mejor dándose cuenta solo mucho después- a recorrer juntos algunas de las buenas páginas del cine chileno.

Volver a ver *El zapato chino* es una experiencia no solo estimulante. Es una sorpresa, porque durante estos años la cinta no ha dejado de crecer.

Aparte de agradecer la invitación a presentar el DVD de la película de Cristián Sánchez, quiero agradecer también la iniciativa de Uqbar de reeditar (junto a Cien niños esperando un tren de Alicia Vega) esta cinta desafiante, divertida, abierta, pegajosa, visionaria y pionera que es *El zapato chino*.

No me resta sino desear que estos dos DVD sean el comienzo de una gran colección, porque el cine chileno hartó la necesita.